**Cuento: El país de las cucharas largas**

*Aquel señor había viajado mucho. A lo largo de su vida, había visitado cientos de países reales e imaginarios.
Uno de los viajes que más recordaba era su corta visita al País de las Cucharas Largas. Había llegado a la frontera por casualidad: en el camino de Uvilandia a Parais, había un pequeño desvío hacia el mencionado país; y explorador como era, tomó el desvío. El sinuoso camino terminaba en una sola casa enorme. Al acercarse, notó que la mansión parecía dividida en dos pabellones: un ala Oeste y un ala Este. Aparcó el coche y se acercó a la casa. En la puerta, un cartel anunciaba: \*PAÍS DE LAS CUCHARAS LARGAS” “ESTE PEQUEÑO PAÍS CONSTA SÓLO DE DOS HABITACIONES LLAMADAS NEGRA Y BLANCA. PARA RECORRERLO, DEBE AVANZAR POR EL PASILLO HASTA QUE ESTE SE DIVIDE Y DOBLAR A LA DERECHA SI QUIERE VISITAR LA HABITACION NEGRA, O A LA IZQUIERDA SI LO QUE QUIERE ES VISITAR LA HABITACION BLANCA.” El hombre avanzó por el pasillo y el azar lo hizo doblar primero a la derecha. Un nuevo pasillo de unos cincuenta metros terminaba en una puerta enorme. Desde los primeros pasos por el pasillo, empezó a escuchar los “ayes” y quejidos que venían de la habitación negra. Por un momento las exclamaciones de dolor y sufrimiento le hicieron dudar, pero siguió adelante. Llegó a la puerta, la abrió y entró. Sentados alrededor de una mesa enorme, había cientos de personas. En el centro de la mesa estaban los manjares más exquisitos que cualquiera podría imaginar y aunque todos tenían una cuchara con la cual alcanzaban el plato central... se estaban muriendo de hambre. El motivo era que las cucharas tenían el doble del largo de su brazo y estaban fijadas a sus manos. De ese modo todos podían servirse, pero nadie podía llevarse el alimento a la boca. La situación era tan desesperante y los gritos tan desgarradores, que el hombre dio media vuelta y salió casi huyendo del salón. Volvió al hall central y tomó el pasillo de la izquierda que iba a la habitación blanca. Un corredor igual al otro terminaba en una puerta similar. La única diferencia era que, en el camino, no había quejidos, ni lamentos. Al llegar a la puerta, el explorador giró el picaporte y entró en el cuarto. Cientos de personas estaban también sentados en una mesa igual a la de la habitación negra. También en el centro había manjares exquisitos. También cada persona tenía una larga cuchara fijada a su mano... Pero nadie se quejaba ni lamentaba. Nadie estaba muriendo de hambre, porque todos... se daban de comer unos a otros...El hombre sonrió, se dio media vuelta y salió de la habitación blanca. Cuando escuchó el “clic” de la puerta que se cerraba se encontró de pronto y misteriosamente en su propio coche, conduciendo, camino a Parais....*

**Preguntas al aire:**

¿En qué habitación todos podían comer los manjares? ¿Por qué?

Imaginad un mundo donde pudiéramos dar de comer a todas las personas que pasan hambre con una larga cuchara. ¿Sería posible? Por ejemplo, para dar de comer a personas que no tienen nada y que viven en otros barrios, o en otra ciudad, o incluso en África, necesitaríamos una cuchara muuuuuy larga, y nosotros no tenemos una cuchara así, sin embargo existen otras maneras de dar de comer a toda esa gente y ayudarles y es usando lo que sí tenemos, es decir, compartiendo.

¿Se os ocurre cómo? Dando limosna en la misa de 11h, compartes tu dinero con los más necesitados.

Además, hay muchas personas que aunque no pasan hambre, también necesitan tu ayuda y compartiendo podemos hacerles la vida más feliz.

Por ejemplo, si un compañero de clase no se ha traído las pinturas, podéis compartir las vuestras con él para que pueda colorear. O si un amigo está triste, podéis compartir vuestro tiempo y vuestro buen humor para animarle. ¿Se os ocurren más ejemplos?

Como veis, compartiendo con los demás lo que tenemos, tanto material como nuestros dones, podemos hacer que los demás se sientan más felices.

¿Te resulta fácil o difícil compartir tus cosas con los demás?

**SÍMBOLO: Cucharas de cartulina.**

Se reparten una cucharas de cartulina corta al entrar. Se les pregunta de qué tamaño son sus cucharas (cortas). Se les dice que piensen en esos momentos donde no han compartido con los demás.

Luego entran a la sacristía la cuchara corta y salen con una cuchara larga.

Se les dice que ahora que tienen cucharas largas pueden empezar a compartir con los demás.

**Lectura:**

**Del Libro de los Hechos (20, 33-35)**

De ninguno he codiciado dinero, oro ni ropa. Bien sabéis que estas manos han bastado para cubrir mis necesidades y las de los que están conmigo. Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús que dijo: “Hay más alegría en dar que en recibir”

